

Con ímpetu sobre ellos. Seré humilde
 Con los humildes, grande con los grandes,
 Reverente aceptando mi fortuna,
 Y ajustando á mis medios mis costumbres.
 Y si grandes riquezas me donare
 La Providencia, conseguir espero
 Tambien alto renombre y fama eterna.
 Néstor el magno y Sarpedón de Lícia
 Celebrados doquier, su gloria deben
 A los cantos armónicos, que vates
 Insignes compusieron. Las virtudes
 Se eternizan con ínclitos poemas;
 Pero á muy pocos conseguirlo es fácil.



ODA CUARTA

A ARCESILAO, REY DE CIRENE,

VENCEDOR CON EL CARRO.

AL amado varón, que de Cirene
 Rica en caballos, ciñe la corona,
 Acompañar ¡oh Musa! hoy te conviene
 En su marcha triunfal: la suave lona
 De tu dulce bajel céfiro llene
 Al cantar á los hijos de Latona,
 Y á Delfos, dó, veraz sacerdotisa,
 Vaticinó la augusta Pitonisa.

Entre las áureas águilas sentada
 De Jove salvador, llena la mente
 Del Númen que allí tiene su morada,
 Al gran Bato mandó que á Líbia ardiente,
 Dejando su natal isla sagrada,
 De colonia veloz marchase al frente,
 A fundar sobre cándido collado
 Un pueblo por sus carros celebrado.

Después de siete y diez generaciones,
 Llegaba (dijo) la anhelada hora
 De cumplirse las sábias predicciones
 Que Medea, de Cólquide Señora,
 A Jasón y los ínclitos varones
 Que llevaba en su nave voladora,
 Sobre las rocas dirigió, de Téra,
 Con inspirada voz, de esta manera:

“¡De magnánimos héroes y deidades
 Progenie celestial, prestadme oído!
 Sabed que honda raíz de almas ciudades,
 De ésta tierra que el mar ha desleído,
 Para asombro de todas las edades,
 La hija feliz de Epafo esclarecido
 Hará brotar, en el fecundo seno
 Del que es de Jove Amón templo y terreno.

“Delfines de brevísimas aletas
 Se trocarán en rápidos corceles,
 Y en cuadrigas, veloces cual saetas,
 Y suaves bridas, remos y bajeles;
 Grandes ciudades quedarán sujetas
 A Téra cual metrópoli: así fieles
 Augurios anunciaron su fortuna
 En torno á la Tritónide laguna.

“Allí, de un Númen con disfraz humano,
 A recibir hospitalaria gleba
 Eufemo desembarca: el soberano
 Jove con su tronar el dón aprueba;
 Del marinero la incansable mano
 El áncora pesada en tanto leva,
 Cuyo diente de bronce enfrena grave
 El raudo vuelo de la armada nave.

“Sobre los hombros ya por doce días
 El casco enjuto de la rápida *Argo*,
 Fuera del mar (por sugerencias mias)
 Cruzando el arenal desierto y largo,
 Llevábamos: tras tantas travesías
 De lanzar se acababa en el amargo
 Lago Tritónio, cuando el Génio vino
 Bajo el aspecto de varón divino.

“Con frases amistosas, hospedaje
 Nos ofreció cortés y lauta cena:
 Ser Eurípilo dice, y su linaje
 A Neptuno deber, que el mundo llena.
 Mas la ansiedad por continuar el viaje
 Permanecer ya más en playa ajena
 No nos permite: nuestra prisa mira
 El dios, y á detenernos ya no aspira.

“Gleba pequeña de la playa arranca,
 Y como prenda que la acepte ruega,
 De su hospitalidad cordial y franca:
 El héroe á recibirla no se niega,
 Y á tierra salta; el dios la mano blanca
 Pone en la suya, y el terrón le entrega.
 Mas ¡ay! el dón precioso, de la nave
 Cayó de noche al mar, según se sabe.

“Mil veces á los útiles sirvientes
 Recomendé guardarlo. Todo en vano;
 Que lo olvidaron sus vulgares mentes.
 De la espaciosa Líbia así temprano
 El gérmen se perdió. ¡Cuán diferentes
 Sus destinos serían, si la mano
 De Eufemo lo llevara á la sagrada
 Tenaro, do del Orco está la entrada!

“¡Oh Rey, á quien Neptuno dió la vida,
 (Deidad que en los corceles alta impera)
 Y Europa (del gran Ticio hija querida)
 Del rápido Cefiso en la ribera!
 Hasta tus cuartos nietos difundida
 Tu ilustre sangre, conquistado hubiera
 Con la Micenia y con la Argiva gente,
 Y la Espartana, el vasto continente.

“Pero el fatal terrón quedó deshecho
 Antes de tiempo; y vástago tardío
 De extranjera mujer te dará el lecho,
 En esta isla sagrada. Poderío
 Recibirá del cielo, y el derecho
 De sujetar el litoral sombrío:
 Baro su nombre; y pisará su planta
 De Febo augusto la morada santa.

“Por medio de su oráculo sagrado,
 Allí le dará Apolo el mandamiento
 De aprestar, cuando la hora haya sonado,
 Rápida escuadra, de bajeles ciento,
 Y el que Jove le tiene preparado
 Del Nilo en la ribera, ilustre asiento,
 Osado sujetar á su dominio.”—
 Así fué de Medea el vaticinio.

“Los héroes con silencio respetuoso
Escucharon la sábia profecía.
¡Hijo de Polimnesto venturoso!
La Delfica doncella en tí veía
De Cirene al monarca poderoso;
Y ¡salvel por tres veces te decía,
Cuando postrado ante el altar, la cura
Solicitabas, de tu lengua oscura.

Cual rosa en la purpúrea primavera,
De la heroica raíz octava rama
Hoy floreciente Arcesilao impera,
Y en los Píticos juegos lo proclama
Apolo vencedor en la carrera.
Quiero á las Musas entregar su fama,
Del Vellochino de oro con la historia,
Para los Míniás manantial de gloria.

¿Cómo se abrieron por el mar camino?
¿Quién los ató con lazos de adamante
A peligros sin fin? Era el destino
De Pélias, por la espada fulminante
Ó las maquinaciones de un divino
Eólida morir. Con palpitante
Seno, escuchó la infausta profecía
Que en el *Centro del Mundo* así decía:

“De Jólcos al llano
Verás un guerrero
Que baja del monte
Con doble lanzón.
“¿Será ciudadano?
¿Será forastero?
No importa: tú pónete
En guardia ¡oh varón!
“Y está preparado
A rudo combate
En tanto que se ate
Un solo calzado.”

El semidiós que predijera el bardo
Llega por fin, vibrando doble lanza:
Graciosa veste ciñe su gallardo
Cuerpo, de los Magnesios á la usanza,
Y una manchada piel de leopardo,
Que hasta las plantas á cubrirlo alcanza,
De los hombros anchísima descende,
Y de la escarcha y lluvia lo defiende.

Jamás el filo de cruel navaja
Osó tocar la blonda cabellera,
Que en bellos rizos refulgente baja
La espalda acariciándole ligera.

Entra al foro el garzón; el paso ataja
Plantándose con bélica manera,
En tanto que al real Desconocido
Mirando el pueblo exclama conmovido:

“¿Quién es este gallardo mancebo?
¿Es acaso el dulcísimo Febo
Que hasta Jólcos se digna bajar?

“Si es el Dios de fulgente loriga
¿Dónde está la dorada cuadriga
En que Marte acostumbra volar?

“Ni Oto ser, ni Efiáltes podría;
Que á sus hijos miró Ifimedía
En los campos de Náxos morir;

“Y de Artémis, á Tício difunto
Enseñaron las flechas, á punto
Méno alto su amor dirigir.”

Miéntas en confusísima algazara
Así la muchedumbre confábula,
Llegando Pélias, de su carro pára
Con manos fuertes una y otra mula;
En el extraño paladin repara,
Y su terror en vano disimula
La sandália fatal cuando descubre,
Que el pié derecho solitaria cubre.

Tranquilidad el mísero aparenta,
Y así se expresa: “A la mentira ajeno,
¡Oh peregrino! díme ¿qué opulenta
Patria produjo lidiador tan bueno?
¿Cuál es la madre que en el mundo cuenta
Que hijo tan grande cobijó su seno?
Sin vacilar revélamelo todo.”—
Se anima el jóven, y habla de este modo:

“Oíd: de la caverna
De Caricléa vengo
(Sostén de mi edad tierna)
Y á dicha grande tengo
Haber sido discípulo
Del Centauro Quirón.

“Cuidáronme las puras
Hijas del varón sábio;
Ni palabras impuras
Decir supo mi labio,
Ni en cuatro lustros mi ánima
Manchó perversa acción.

“En mis pátrios hogares
Mayor de edad, penetro
A recobrar mis lares

Y el usurpado cetro
Que al gran Éolo, Júpiter,
Y á sus hijos donó.

“Segun veraz noticia
Robó Pélias insano,
Contra toda justicia,
El reino soberano
De que dueños legítimos
Somos mi padre y yo.

“No bien mis tristes ojos
Vieron la luz primera,
Sabiendo los antojos
Del Jefe que hoy impera,
Mis padres ocultáronme
A su ambición fatal.

“Me proclamaron muerto,
Y con fingido luto
Fué mi alcázar cubierto;
Y diéronme el tributo
De femeniles lágrimas
Y duelo funeral.

“Entretanto, al abrigo
Del silencio nocturno,
Al antro del amigo
Vástago de Saturno,
En pañales de púrpura,
Lleváronme á educar.

“De Quirón á las manos
Mi salvación yo debo:
Y basta ¡oh ciudadanos!
Lo que narrado llevo,
Las preguntas que atónitos
Me hicisteis, á llenar.

“A la morada mía
Llevadme ahora fieles,
Do mi padre nutría,
Sus cándidos corceles;
Pues hijo primogénito
Soy del anciano Esón.

“Vuestra tierra no huella
Cual triste peregrino:
De mi linaje el sello,
El Centauro divino
En mí imprimió, legándome
El nombre de JASÓN.”

No bien penetra en la mansión paterna,
 Corre á abrazarlo el conmovido anciano;
 Vierte á torrentes su pupila tierna
 Llanto sin fin de gozo sobrehumano:
 Procura el héroe la emoción interna
 Que lo domina, reprimir en vano,
 Al ver que su hijo excede en gallardía
 A cuantos hombres Jólcos contenía.

Al palacio de Esón atráe la fama
 A sus hermanos. Pronto Féres viene
 De la vecina fuente, que se llama
 Hipéria, y Amitáon de Mesene:
 De ver á su pariente, á Admeto inflama
 Deseo irresistible; ni detiene
 Lazo alguno en su hogar al fiel Melampo,
 Que llega ansioso del Lacónio campo.

Con afable ademán á sus parientes
 Acoge el buen Jasón; á lauta cena
 Los convida, y los colma de presentes.
 Cinco noches duró la fiesta amena;
 Cinco dias los juegos diferentes;
 Pero al sexto, Jasón el gozo enfrena,
 Y les hace saber su intento sério
 De recobrar el usurpado imperio.

Lo aplauden: y con planta presurosa
 Los héroes van, llevándolo en el centro,
 De Pélias á la casa suntuosa.
 Sus pisadas no bien resuenan dentro,
 Cuando el hijo de Tiro (la de undosa
 Cabellera) cortés sale al encuentro.
 Lo saluda Jasón, y con süave
 Voz que parece miel, le dice grave:

“¡De Neptuno Petréo hijo robusto!
 Del mísero mortal la mente ciega
 Aplaudes con furor el lucro injusto,
 Y á regresar á la equidad se niega;
 Mas la hora de rendir á árbitro justo
 Cuenta de lo pasado, al fin se llega.
 Enfrenémos tú y yo nuestros afectos,
 Y caminémos por senderos rectos.

“Un mismo seno (sabes lo que digo)
 A tu abuelo Cretéo, y al osado
 Salmonéo prestó materno abrigo:
 Primos somos, por tanto, en tercer grado;
 Y á todo hombre, las Parcas enemigo
 Del consanguíneo ser tienen vedado.
 Ni flecha, pues, ni espada fratricida
 De nuestros padres la heredad divide.

“Yo te propongo ventajoso pacto:
 Cuenta en el campo las lanudas greyes
 Y las pingües manadas; el exacto
 Número cuenta de pintados bueyes.
 Todo te doy, y el territorio intacto,
 Que atropellando del honor las leyes
 A mis padres robaste, y hoy tu renta
 Con tu cultivo y tu cuidado aumenta.

“No envidio la riqueza de tu casa;
 Mas quiero, sí, mi trono y monarquía:
 Fiero dolor el pecho me traspasa
 El cetro al ver de la familia mía.
 Vuélvemelo; ó de la ira que me abrasa
 Contener los arranques no podría.”—
 Su discurso Jasón así concluye,
 Y con urbanidad Pélias arguye:

“Haré lo que quieras; mas oye mi ruego:
 La vejez inútil mis miembros circunda;
 En tí rubicunda,
 Con célico riego,
 Sus flores derrama feliz juventud.

“Aplacar piadoso podrás con empeño
 De los infernales Dioses á la turba:
 De Frixo perturba
 Mi plácido sueño,
 La sombra, privada de pátrio ataud.

“Que saque, me pide, del alcázar de Étas
 Su espíritu triste, y el vellón dorado
 Por que fué salvado,
 Ya de las saetas
 De infame madrastra, ya del ronco mar.

“Gusté de Castália la límpida fuente
 A Apolo pidiendo su luz veneranda;
 Y el Númen me manda
 Que el ponto inclemente
 En rápida nave me atreva á cruzar.

“La empresa difícil que yo no acometo
 Porque de los años el peso me doma,
 Tú atrevido toma,
 Que fiel te prometo
 El cetro en tu diestra sin falta poner.

“A Júpiter sumo, que origen proclamo
Del lazo de sangre que me une contigo,
Cual santo testigo
De mi voto llamo.
¡Él mira mi franco, leal proceder!”

Queda firmado el pacto; y al momento
La expedición que se prepare ordena
El ínclito Jasón. No bien el viento
Con la trompeta del heraldo suena,
Llegan tres héroes de divino aliento:
El uno es hijo de la bella Alcmena;
Leda fué de los otros dulce madre;
Todos tienen á Júpiter por padre.

Quizá temiendo que los pueblos duden
De su valor, si en tiempo inoportuno
Llegaren, velocísimos acuden
Los dos audaces hijos de Neptuno.
Su larga cabellera ambos sacuden;
Del cabo de Tenaro viene el uno,
De Pilo el otro: Eufemo aquel se llama,
Éste Periclímeno, de alta fama.

¡Semidioses, salud! ¡Cuánto trofeo
Os va á alcanzar la expedición marina!
Llega el poeta y citarista Orfeo,
De Apolo inspirador prole divina;
Y Mercurio, señor del Caducéo,
A gloriosas empresas encamina
A Equito y á Equión, hijos mellizos,
De la flor de la edad con los hechizos.

Júntanse los que pueblan los cimientos
Del Pangéo; veloces cual saetas,
Porque Bóreas, monarca de los vientos,
A sus dos hijos, Calaín y Zétas,
Infunde con su soplo más alientos,
Agitando en sus hombros las aletas;
Y el impulso final, con su oportuno
Auxilio, da la irresistible Juno.

Infunde la Deidad tal atractivo
A la forma gentil del bajel *Argo*,
Que hace á los héroes, del hogar nativo
Huir, y del doméstico letargo.
De navegar les viene ardor tan vivo,
Que las aguas beber del ponto amargo
Y, de gloria cubiertos, al Averno
Bajar, prefieren al hogar materno.

Cuando la flor de heróicos navegantes
 Para lanzarse al mar se encuentra lista,
 Elogiando sus ánimos constantes
 A sus filas Jasón pasa revista.
 Ve Mopso las entrañas humeantes;
 Sigue atento á los pájaros la pista:
 Feliz viaje al ejército revela,
 Y hace que sin tardar se dé á la vela.

No bien levan el áncora dura,
 Cuando sube del *Argo* á la popa,
 De oro puro ostentando una copa,
 De los nautas el gran Capitán.

De los Dioses al Padre Tonante,
 Vibrador de la lanza de fuego,
 Por los héroes dirige su ruego,
 Que en la nave á sus órdenes van.

Pide al Dios que les abra camino
 A través del feroz elemento:
 Qué los lleve con próspero viento
 Y sujete al furioso Aquilón;
 Y que el sol los alumbre de día,
 Y en las noches la espléndida luna;
 Ni les niegue por fin la fortuna
 De volver á la pátria mansión.

Trueno fausto replica en las nubes,
 Y su luz el relámpago arroja;
 Y sumerge en funesta congoja
 A los héroes la atroz tempestad.
 Mas el áugur declara que anuncian
 Feliz viaje los Dioses supremos;
 Y respiran, y él grita: *á los remos,*
A los remos, marinos, bogad.

Y bogan apresurados,
 Obedientes al Piloto,
 Y empiezan del fresco Noto
 Las áuras á respirar;
 Y al llegar los denodados
 Á la boca del Axino,
 Á Neptuno, dios marino,
 Erigen templo y altar.

En el ara sacrifican,
 Implorando su alta gracia,
 Rojo toro, que de Trácia
 Les da la copiosa grey;
 Y que los libre, suplican,
 Del ímpetu de las rocas
 Que entre sí se hieren locas,
 De los bajeles al Rey.

Giran raudos como viento
 Los dos islotes flotantes:
 Parecen vivos gigantes
 Que luchan con frenesí.

Mas termina el movimiento
 Al pasar la nave fuerte.—
 Á las Simplégades muerte
 Dieron los héroes así.

Llegan por fin á Fásis,
 Y á los negros derriban
 De Cólquide, no léjos
 De donde Étas habita.

Allí por vez primera
 La gloriosa Ciprina,
 Que dardos amorosos
 Agudísimos vibra,

Trae del excelso Olimpo
 La tornasol pezpita,
 Que á los hombres, afectos
 Frenéticos inspira,

Y con indisolubles
 Lazos, el ave liga
 A la rueda, que en cuatro
 Rayos, veloce gira;

Y enseña al sábio Esónides
 Cantos y oracioncillas,
 Cuyo mágico influjo
 No hay fuerza que resista.

Harán tales encantos
 Que Medea lo siga,
 A sus deberes sorda
 Y á los afectos de hija,

Y arda de ver á Grecia
 En ansiedad tan viva,
 Que su pasión la azote
 Cual tempestad horrisona.

La reina inspírase
 De amor tan tierno,
 Que el arte quiere,
 Con que al paterno
 Lazo supere,
 Dar á Jasón.

Mezcla un antídoto
 Con suave aceite,
 Que los dolores
 Torna en deleite,
 Y con mil flores
 Forma una unción;

Y jura á Esónides
 Que el himeneo,
 De sus certámenes
 Será el trofeo,
 Y en cambio pídele
 Su corazón.

Étas, al fuerte arado de adamante
 Unce los bueyes de nariz ardiente.
 Es su aliento de llama fulgurante;
 Son sus pezuñas de metal luciente.
 Sin sentir el ardor, solo el gigante
 El yugo pone á su inflamada frente,
 Y la tierra al labrar, va tan violento
 Que una yugada sulca en un momento.

“Que venga (exclama arrogante)
 Y ejecute igual tarea,
 El Rey, quienquiera que sea,
 De ese bajel comandante.
 “Será de sus piés alfombra
 El celeste Vellochino,
 Cuya lana de oro fino
 A los mortales asombra.”

Del manto purpúreo Jasón se desnuda;
 Y á Vénus pidiendo y á Jove su ayuda,
 Las áridas glebas empieza á labrar.
 Merced á la maga su amante, no teme
 Que el fuego de aquellas narices lo quemem:
 Sus filtros y mañas lo saben librar.

Arrastra el arado, forzado y sereno,
 Y pone á los toros el mágico freno,
 Que sufre mugiendo la indómita grey.
 Con vara punzante los urge sin tregua,
 Y en breves instantes va, legua tras legua,
 Abriendo los sulcos que impúsole el Rey.

Del jóven las fuerzas observa con ira
 Burlado el tirano, y oculto suspira,
 Y apenas reprime su inmenso estupor.
 La mano querida del jefe valiente
 Los náutas estrechan; y ciñen su frente
 Con hierbas, y elogian su inmenso valor.

Entónces la selva do fúlgida brilla
 La piel que de Frixo cortó la cuchilla,
 Indica á los héroes el hijo del Sol.
 Abriga su pecho la infame esperanza
 Que vana del jóven será la pujanza,
 Pasando la empresa por nuevo crisol.

En medio de un bosque de espesa maleza,
Terrífico mónstruo, de inmunda cabeza
Y fauces horrendas, custodia el Vellón.

De remos cincuenta bajel bien armado
Angosto y pequeño juzgárase al lado
De aquel vigilante furioso dragón.

Mas ¿cómo dejo al estro que me lleve
Léjos de la trillada carretera?
¿Sus propias reglas á violar se atreve
Mi musa, para todos tan severa?
Tornaré á mi deber por senda breve,
Y diré que con maña al fin supera
A la hórrida serpiente, de la nao
El divino Patrón ¡oh Arcesilao!

Con el dorado Vellocino, embarca
En el *Argo* á Medea, que perdida
De amores sigue al héroe; y del Monarca
De Jólcos, pone término á la vida.
Por el Índico Océano la barca
Llega á la isla de Lémnos; do homicida
Falange de viudas, á los Griegos
Cortés invita á funerales juegos.

Premio de sus espléndidas proezas
Son ellas mismas y el bordado manto.
En tierra extraña á relucir empiezas,
¡De Cirene real linaje santo!
¿Fué gérmen de tus ínclitas grandezas
De una noche ó de un día el dulce encanto?
Lo ignoro; mas en Lémnos el supremo
Tallo brotó del inmortal Eufemo.

La peregrina prole hasta Laconia
Sigue del padre la sagrada pista,
Y de Esparta conduce una colonia
A Téra (entónces *isla de Calista*);
En ella la gentil prole Latonia
De Líbia ordena la fatal conquista,
Y el trono da de la feliz Cirene
A raza ilustre que su pueblo ordene.

¡Óyeme, Arcesilao! y tu talento
Que al mismo Edipo avergonzara, aviva.
¿Vistes acaso al roble corpulento
Cuyo alto tronco la segur derriba?
No torna á florecer; pero alimento
Da al invernal hogar, ó en él estriba,
Trasformado en columna, el arquitrabe
Que del templo sostiene la áurea nave.

Médico régio, Febo está contigo:
 En las llagas, Señor, bálsamo vierte.
 Trastorna la ciudad vil enemigo;
 Mas restituir la paz, ni el varón fuerte
 Podrá, si un Númen no le presta abrigo.
 Gloria, fuerza, saber, te dió la suerte:
 Sigue ¡oh Rey de Cirene venerando!
 La dicha de tus súbditos labrando.

Pondera atento el inmortal axioma
 Del grande Homero, que leer te agrada:
De hábil embajador el arte doma
Hasta la oposición más obstinada.
 Mi musa ¡oh Rey! la libertad se toma
 De llevarte benéfica embajada,
 Y viene á interceder por Demofilo,
 A quien mi Tébas hoy ofrece asilo.

De Bato sabe bien la casa régia
 Y toda la Ciudad, de mi cliénte
 Cuál ha brillado la conducta egregia.
 De jóven es su brazo armipotente;
 De viejo de cien años su estrategia:
 Jamás su lengua ha sido maldiciente;
 A odiar la sedición, y á ser amigo
 De los virtuosos, le enseñó el castigo.

Lo que puede hacer hoy, su mano activa
 No acostumbra dejar para mañana:
 Sabe que la ocasión es fugitiva,
 Y aunque no corre con pasión insana,
 Cual esclavo, en su pós, nunca la esquivo.
 A quien fué tal desde la edad temprana,
 Considera, Señor, qué pena oprime
 Hoy que tan léjos de la patria gime.

Al desdichado Númen semejante
 Que sostiene las célicas regiones,
 El destierro lo acosa, nuevo Atlante,
 Privado de su patria y posesiones.
 A los Titanes perdonó el Tonante.
 ¿Posible que su yerro no perdones?
 ¡Señor! El tiempo todo lo cancela:
 Cesando el huracán, se cambia vela.

Por volver al hogar triste suspira,
 Y por beber de la Apolínea fuente:
 Odio su corazón ya no respira,
 La enfermedad pasó; vida inocente
 Quiere llevar, al eco de su lira.
 Que torne á tu Ciudad ¡oh Rey! consiente.
 Verás qué manantial de versos puros
 Halló en tu honor, en los Tebanos muros.